

La patria del olvido

Racismo, transfobia y desidia en la cultura de la demolición como política de estado

Renata Di Leo¹

Resumen

El ataque al monumento a María Remedios del Valle revela una política de olvido estructural, sostenida en una memoria nacional edificada sobre el genocidio indígena, la exclusión de cuerpos disidentes y la exaltación de la blancura como horizonte simbólico. A partir de ciertas lecturas críticas, el artículo analiza el memoricidio como dispositivo de exclusión y propone visitar la potencia insumisa de las memorias que resisten tanto su institucionalización como su mercantilización.

Palabras clave: Memoricidio, racismo estructural, políticas del olvido, iconoclasia, María Remedios del Valle, cuerpos disidentes

¹ Licenciatura en Curaduría en Artes, Área transdepartamental de Crítica de Artes. Universidad Nacional de las Artes. renatadileo23@gmail.com

Curadora, crítica e investigadora. Licenciada en Curaduría en Artes por la Universidad Nacional de las Artes (UNA). Actualmente realiza el Máster en Curaduría en Artes Visuales en la Universidad Nacional Tres de Febrero (UNTREF). Integra el grupo de investigación Prácticas Artísticas y Curatoriales Contemporáneas III del Departamento de Crítica de Artes de la UNA bajo la dirección de Federica Baeza. Forma parte del equipo de la Galería Nora Fisch. Su práctica se desarrolla entre la curaduría, la gestión, la escritura crítica y la investigación. Es cofundadora del colectivo curatorial Marc & Bardo; con el que además codirige el ciclo de cine-debate móvil Ocupa la travesía. Integra el grupo de investigación curatorial TRIFÁSICA y dirige un proyecto de archivo llamado Nonato y Póstumo.

Fecha de recepción: 26/6/2025 — Fecha de aceptación: 9/12/2025



CÓMO CITAR: DI LEO Renata (2025). "La patria del olvido. Racismo, transfobia y desidia en la cultura de la demolición como política de estado", en: *Revista Estudios Curatoriales*, nº 21, primavera, ISSN 2314-2022, pp. 83-92.

The Homeland of Oblivion

Racism, Transphobia, and Neglect in the Culture of Demolition as State Policy

Abstract

The attack on the monument to María Remedios del Valle exposes a structural politics of oblivion, sustained by a national memory built upon the genocide of Indigenous peoples, the exclusion of dissident bodies, and the exaltation of whiteness as a symbolic horizon. Drawing from certain critical readings, this article analyzes memocide as a device of exclusion and proposes revisiting the resistant potential of memories that defy their institutionalization and commodification.

Keywords: Memocide, structural racism, politics of oblivion, iconoclasm, María Remedios del Valle, dissident bodies

Es un tipo de memoria, un tipo de verdad, un tipo de justicia que parece solo servir para una época específica de la historia argentina, es una memoria recortada y nosotros tenemos territorios perdidos, ceremonias perdidas, nos fueron cercenando nuestra memoria censurando nuestro idioma, nuestras prácticas espirituales.
El sueño del sonido. Soraya Maicoño.

El 1 de septiembre de 2023, en plena campaña electoral, se perpetró un ataque contra el monumento a María Remedios del Valle. Hecho que, lejos de ser aislado, evidenció la instrumentalización de la violencia en la construcción de la memoria como gesto político. Lo acontecido se inscribe dentro de una serie de discursos que, bajo el amparo de una supuesta defensa de libertades, legitiman la violencia explícita sobre ciertos cuerpos. Estas estructuras de funcionamiento del odio, sostenidas históricamente, excluyen a ciertas subjetividades del relato nacional. Durante siglos ocultada, Del Valle fue una combatiente mujer afroargentina que se destacó por su lucha activa a lo largo del proceso independentista. Alistada en el ejército del norte y reconocida por Manuel Belgrano, obtuvo por su desempeño combativo el rango jerárquico de capitana. Tardíamente declarada “Madre de la Patria”, su figura encarna la exclusión que los proyectos de construcción soberana pretendían propugnar sobre la identidad nacional.

El monumento a María Remedios del Valle, realizado por el artista Alexis Minkiewicz en colaboración con la escultora Gisela Kraisman y la activista trans afrodescendiente Louis Yupanki, modelo e inspiración, fue instalado en el año 2022 en la plazoleta Alfonso Castela de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El proyecto, gestado a través de un concurso que organizó la Secretaría de Patrimonio y Cultura de la Nación, buscó reivindicar esta figura como acto de reparación histórica frente a siglos de invisibilización racial y de género.

El ataque se produjo en un contexto matizado por la agitación de las campañas presidenciales de Javier Milei y la propaganda política de un nuevo fenómeno que, empezando a consolidarse, marcaría la agenda de la ultraderecha en Argentina. El atentado contra ese emblema se convirtió en un aviso. Este hecho desató el repudio de muchos pero también reveló la indiferencia de otros. Actuó como una suerte de premonición. Anunció el comienzo de un periodo marcado por la destrucción física y simbólica de los valores culturales. El marco en el que este acontecimiento se desarrolló fue simultáneo a ArteBA, una de las ferias de arte contemporáneo más relevantes del país.

Más que un acto de vandalismo, esta manifestación dejaba entrever los pilares de un nuevo paradigma que comenzaba a robustecerse; el debilitamiento institucional como proyecto político. El escultor Minkiewicz, quien participaba activamente de la feria, denunció públicamente la agresión destacando la carga transfóbica y xenófoba del acto en cuestión; la destrucción es inminente pero la construcción lleva años, sugería en redes sociales. Mientras que la di-

rección de ArteBA optó por el silencio. Antagónicas respuestas ante una misma coyuntura. La omisión –calculada– de la fundación no hizo más que reafirmar la complicidad de las estructuras culturales con la mercantilización de la memoria. Lejos de emitir un descargo que enfrentara el borramiento de esta figura histórica, aun cuando uno de los autores de la pieza participaba activamente en la feria, se eligió preservar la neutralidad del mercado. Antes que asumir una postura en defensa de la libertad de expresión, se decidió privilegiar y preservar los vínculos comerciales con esos sectores afines a los discursos de la derecha. Eludiendo el conflicto en favor de una lógica de consumo que, siguiendo a Guy Debord, transforma la memoria en una espectacularización administrada. No se recuerda para comprender, se recuerda para exhibir.

Más allá de su funcionamiento concreto, lo que se rompe es el sistema de referencias alegóricas que esa imagen activa hacia el interior de una sociedad. La destrucción premeditada de una obra de arte, la iconoclasia –en su sentido etimológico, *eikon* “imagen” + *klásis* “romper”–, supone una voluntad, una instrucción. Destruir imágenes conlleva una carga ideológica, una intención deliberada y muchas veces sistematizada, por la cual el fin es eliminar representaciones visuales que consolidan y producen sentido en un determinado orden simbólico. El ataque, al apuntar a desactivar los vínculos políticos y afectivos que el emplazamiento del monumento habilitaba, implicó una ejecución directa sobre el régimen de visibilidad que lo sostenía. La memoria disidente solo adquiere reconocimiento y se inscribe en la discursividad histórica cuando logra transformarse en una categoría intercambiable, una mercancía dentro del mercado artístico y/o académico.

Este hecho es una manifestación sintomática de un proyecto político que se sostiene en la demolición de los valores culturales de nuestros territorios. El presente trabajo se propone analizar la memoria selectiva como política fundacional del estado argentino, explorando su continuidad en el presente a través de prácticas de exclusión y borramiento. Asimismo, se examina la construcción de la soberanía nacional desde el olvido sistemático de ciertos cuerpos y subjetividades, con el objeto de problematizar la forma en que la memoria es absorbida por el mercado cultural y académico en la contemporaneidad.

La nación de la exclusión: soberanía y construcción racial

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Facundo. Domingo Faustino Sarmiento.

Desde sus orígenes, el estado argentino edificó una narrativa nacional sobre un modelo que, exclusivo de sus propios valores, idealizó la blancura, la europeidad,

la masculinidad viril y la moral católica como pilares de su identidad. Para adentrarse en el análisis del caso resulta pertinente abrir un paréntesis que permita observar la herramienta central de la maquinaria soberana. Esta, instrumentada en su discursividad de silenciamiento estructural desde la constitución estatal, ha modelado la memoria como tecnología de ordenamiento social. Por consecuencia, la historia se transformó en un dispositivo de exclusión que selecciona, jerarquiza y suprime según los parámetros de una soberanía homogénea y racializada.

La construcción de una memoria selectiva, anclada en la noción de “desierto” como territorio vacío y por dominar, funcionó como matriz ideológica del proyecto civilizatorio decimonónico. Domingo Faustino Sarmiento, curiosamente financiado por el estado chileno, trazó, desde sus viajes por Europa y Estados Unidos, una lectura geopolítica ilustrada. Mientras registraba con desencanto el deterioro del Viejo Continente, se entusiasmaba con el dinamismo moderno de Norteamérica, cuyo sistema de escolarización más tarde importaría. Con la elocuencia de su palabra, Sarmiento clasificó los factores territoriales y delineó una suerte de figura protoarquetípica del gaucho, susceptible de ser explotada o anulada. Nutrido por modelos foráneos, impulsó la imposición de flora, fauna, hábitos y valores tomados de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Sin haber pisado nunca Buenos Aires esbozaba, al momento de escribir *Facundo*, una visión centralista en la que la ciudad se erigía como emblema de progreso y educación. Vacío y salvaje, el resto del territorio era concebido como un desierto. Un hábitat de culturas y biomas considerados un obstáculo para el yugo de la blanca y explotadora Argentina por fundar. *Facundo* es una obra clave para contextualizar el genocidio histórico y desentrañar el motor raíz de una nación erigida sobre el vaciamiento y el despojo.

La negación de lo propio, en pos de no ser “barbarie”, generó tal grado de fanatización que los cimientos germinales del estado se anclaron en una mirada románticamente sesgada en favor de Occidente. La simplificación binaria entre civilización y barbarie quizá permita comprender un poco la estructura cimentada –aún vigente– de la polarización social: poblado/desierto, terratenientes/peones, unitarios/federales, progreso/retroceso, centro/periferia. Estas oposiciones fueron el andamiaje de una lógica excluyente que cristalizó en el relato oficial.

La fantasía blanca y homogénea que permeó el proyecto de nación, sostenida por una élite incapaz de reconocerse en su propio mestizaje, definió qué cuerpos y qué relatos serían exaltados, pero también cuáles serían omitidos, distorsionados o directamente borrados de la historia oficial. Mediante lógicas de colonización sistemáticas y de exterminio, se perpetraron maniobras deliberadas encargadas de omitir el reverso del imaginario colectivo. Se invalidó toda proximidad con la identidad local. El caso de María Remedios del Valle emerge como síntoma estructural, ya que la invisibilización de los aportes afroargentinos a las luchas de independencia no fue un descuido, ni un olvido espontáneo, sino una estrategia instaurativa del relato nacional.

El olvido como práctica institucionalizada

Se trata de una suerte de efecto, óptico o de lenguaje, que tiene como resultado la postulación de un orden trascendente espejado sobre la llanura como un vapor o un espejismo: un lugar vacío donde una cultura va a creer reconocer, sin concepto, la Libertad, el Progreso, el Futuro, la Patria, el Origen.

Un desierto para la nación. La escritura del vacío. Fermín A. Rodríguez.

Convertida en emblema de lo originario y lo fundacional, esa planicie imaginada traza una operación política y estética que induce vacío allí donde hubo vida, voces y memorias encarnadas. Siguiendo a Fermín A. Rodríguez, se trata de una construcción activa de la nada como categoría nacional; una ficción de desierto que borra cuerpos racializados y narrativas disonantes bajo la ilusión de un porvenir universal. El autor retoma la idea de lo sublime, no como lo inmenso y lo inmutable, más bien como elemento actuante de una discursividad que en busca de su patria idealizada se esfuerza por naturalizar el olvido (Rodríguez, 2013, p. 47). Despojada de su agencia y desplazada de los relatos, la historia de María Remedios del Valle se aloja en ese intersticio entre la imagen fantasmática del origen y el gesto concreto del silenciamiento.

Nacida en Buenos Aires en el año 1766, Del Valle fue una de las tantas descendientes de personas traídas desde África al Virreinato del Río de la Plata para su sometimiento, explotación y esclavitud. Tras su paso por el servicio activo en el ejército volvió a la ciudad sin honores y sin familia; sus hijos y su marido habían caído en las batallas del norte. Las luchas independentistas estuvieron atravesadas por una promesa incumplida. Muchos se enrolaban en el ejército con la engañosa expectativa, frecuentemente inducida por sus patrones esclavistas, de obtener su libertad al regreso. Jamás fueron liberados. En un intento de salvaguardar a los hijos blancos, los terratenientes y el estado negociaban con el ejército el intercambio. Miles de personas esclavizadas fueron enviadas al frente de batalla bajo el disfraz de un contrato emancipatorio, cuando en realidad se trataba de una estrategia de desgaste, control y eliminación sistemática. Donde su libertad era la muerte.

Del Valle, durante más de un siglo, fue borrada de los relatos escolares e institucionales con los cuales se construyó la historia de la nación. Su memoria fue suprimida por su condición de mujer, mulata y campesina, porque su existencia misma desafiaba la matriz hegemónica de una nación blanca, viril y ordenada en torno a una memoria disciplinada y selectiva. Condenada a la indigencia y al olvido. Esa desposesión no fue únicamente económica, también fue simbólica, pues vivió en condiciones de extrema precariedad. Su cuerpo negro, femenino y subalterno, no encontraba lugar en la mitología heroica que el estado en formación comenzaba a consolidar; una narrativa épica y homo-

génea que exaltaba a los próceres blancos, letrados y varones. La madre de la patria fue relegada al anonimato.

El olvido operó como tecnología central en la construcción de una soberanía nacional negacionista y excluyente, erigida sobre un territorio pluriétnico y diverso cuya complejidad fue sistemáticamente silenciada. El proceso emancipador fue, además, un proceso de racialización. Proclamada como valor nacional, la libertad fue edificada con los cuerpos considerados prescindibles por el nuevo orden soberano. Lejos de suponer un punto de quiebre con el régimen colonial, el estado naciente heredó, instrumentalizó y reconfiguró las formas de explotación racial bajo el ropaje de genocidio patriótico. La independencia se construyó sobre esa paradoja; un devenir cíclico y constante en el que pareciera estar inmersa la historia.

Memoria selectiva y amnesia colectiva

El principal reservorio de historias y saberes es la propia mente del hombre. Y debe tenerse presente que tal acervo intangible –del cual bibliotecas y archivos se ocupan escasamente– también es atacado, borrado y destruido: presiones, aculturación, ejecuciones étnicas masivas, prohibición de lenguas e imposición de rasgos extraños, asesinatos de libros vivos y referentes culturales, discriminación...

Cuando la memoria se convierte en cenizas. Edgardo Civalero.

Convertida en un procedimiento burocrático, la búsqueda de la verdad establece jerarquías entre memorias válidas y memorias descartables, frente a lo cual el pasado, en vez de explorarse, se disciplina, se escribe, se captura, se recupera o se borra. Un deseo vigoroso de comprender el pasado. Lejos de ser un terreno neutral, la memoria es uno de los campos más disputados del presente. El allanamiento de los recuerdos que se disfraza de voluntad esclarecedora configura una acción articulada de ordenamiento y supresión, algo así como una ingeniería selectiva del recuerdo.

Imponer qué debe ser olvidado borrando las huellas culturales, lingüísticas y patrimoniales que dan forma a la identidad colectiva deviene en *memoricidio*. Categoría crítica que fue formulada por el historiador y médico croata Mirko Dražen Grmek para describir una forma de violencia cultural ejercida sobre la memoria de los pueblos en contextos de guerra. Grmek, en el marco de los conflictos yugoslavos de los años noventa, se dispone a pensar cómo la eliminación, además de ser física, es epistémica. El tratamiento de amnesias colectivas no es inofensivo, dice Civarello (2007), no se limita a la eliminación física de comunidades; por el contrario, apunta a desarticular la posibilidad misma de continuidad histórica (pp. 2-3). Borrar al otro es también borrar su archivo, su lengua, su territorio de sentido.

La lógica del *memoricidio* se revela como una tecnología de poder que actúa de manera transversal. Camuflada por fórmulas estatales e institucionales de administración selectiva del recuerdo, opera en regímenes democráticos mediante políticas de silenciamiento de gestión programática. Es, de hecho, un dispositivo activo que se ha utilizado históricamente y hasta la actualidad en los modos de construcción de valores ciudadanos. Se filtra en decisiones institucionales, en reformas culturales, en operaciones estéticas y narrativas que reconfiguran lo que es narrable, visible y transmisible. Su medio es el olvido.

En América Latina, donde la disputa por la memoria está atravesada por una genealogía de silenciamientos estatales, exclusión racial y disciplinamiento de las disidencias, el *memoricidio* es una política concreta. Silvia Schwarzböck, en *Los espantos. Estética y postdictadura*, sostiene que el estado solo produce un tipo de pensamiento, uno burocratizado. Luego de la última dictadura en Argentina, la gestión estatal se vio signada por procedimientos de disciplinamiento administrativos; archivando informes y regulando narrativas. Schwarzböck (2016) sugiere que, incluso en democracia, es necesario luchar a muerte con los límites del discurso. Hacer frente a aquellas narrativas de clausura implica que la disputa se consolide al habitar el estado; más que por su condición de vacío, por la densidad burocrática de sus procedimientos (pp. 116-119).

En Argentina, la construcción e implementación del concepto de “soberanía” no es la de un pueblo que se autodetermina, más bien es la de una clase dirigente blanca que funda su autoridad sobre el vaciamiento. Primero el desierto, luego la patria. Cabe preguntarse, entonces, qué tipo de autonomía soberana es posible cuando su origen está marcado por el exterminio; e incluso, qué forma de comunidad se puede construir con un estado bañado con la sangre de sus habitantes. La figura de María Remedios del Valle condensa las fisuras de esa contradicción. Se reconoce la proeza afroargentina, invisibilizada en la epistémica que acompañó al germen del estado nación, pero su memoria material, al igual que el relato que contiene su historia, se inscribe con tintes centralistas de supresión.

Cuerpos no blancos como blancos de odio

En el mundo blanco, el hombre de color se topa con dificultades en la elaboración de su esquema corporal. El conocimiento del cuerpo es una actividad únicamente negadora.

Es un conocimiento en tercera persona.

Piel negra, máscaras blancas. Frantz Fanon.

Además de reconfigurar los límites del relato recortado, el monumento a María Remedios del Valle volvía visible el lugar incómodo que ciertos cuerpos ocupan en la narrativa nacional. Su sola presencia tensionaba la hegemonía de lo recor-

dable y desafiaba el régimen de aquella memoria disciplinada. Síntoma de una violencia más amplia, el fantasma de la soberanía, se ha reproducido históricamente a través de esta política selectiva por la cual solo se consigna recordar lo operativo al mito nacional y omitir todo lo que desestabilice su relato. Definir qué merece ser visto, habitado o reivindicado en el espacio público da un marco para entender la fragmentación social de apreciaciones culturales; la maquinaria memoricida organiza lo colectivo y estructura lo subjetivo.

La arquitectura implícita del yo y del mundo no es neutral, se instala en la dialéctica afectiva de una configuración subyacente de fuerzas que organizan las relaciones intersubjetivas. Jerarquías arraigadas que reproducen, por costumbre o desconocimiento, todo lo que recuerda un pasado incómodo. Eduardo Viveiros de Castro, en *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*, discute con la idea que la metafísica occidental tiene de la naturaleza como correlativo a Dios. Una suerte de dador de sentido y principio de unidad universal. Eduardo Viveiros de Castro, en *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*, discute con la idea que la metafísica occidental tiene a la naturaleza como correlativo a Dios. Una suerte de dador de sentido y principio de unidad universal. Desde la concepción de lo común, no es la naturaleza sino la condición de humanidad compartida la que fija la diferencia mientras se inscribe en los cuerpos y sus perspectivas (Viveiros de Castro, 2013, pp. 55-56). Bajo la apariencia de universalidad, estas operatorias verticalistas fijan un horizonte único de verdad. La memoria, como la naturaleza, ha sido concebida como dispositivo de clausura.

El mundo blanco, el único honrado, dice Frantz Fanon, niega toda participación a los cuerpos negros. Infiltrado en la construcción histórica, en las narrativas pedagógicas, en los criterios de producción cultural, en la construcción de plataformas de conservación, en la épica soberana de las nuevas naciones que se “independizaron” (y se podría seguir contando), el rencor racial, forjado en estas estructuras, sigue perpetuándose. En *Piel negra, máscaras blancas*, Fanon afirma que el cuerpo no blanco es fijado y reducido por una mirada que lo convierte en objeto de negación. El odio hacia esos cuerpos es también odio al deseo de una construcción de la memoria no normada, abierta y plural (Fanon, 2016, pp. 86-89).

La racialización y la transfobia, fácilmente leídas como formas de intolerancia y prejuicio, son en realidad tecnologías civilizatorias de exclusión que operan sobre los cuerpos y las psiquis. No son desvíos morales, son dispositivos estructurantes que clasifican, jerarquizan, patologizan. Inscriben, desde la piel hasta la subjetividad, una distancia respecto de una norma imaginaria, blanca, cis, masculina, que se autopostula como verdad universal. Los cuerpos racializados, las disidencias sexuales y de género, los pueblos indígenas, son condenados a un olvido estructural. No hay soberanía popular cuando no hay lugar para todos en la memoria colectiva.

Iconoclasia reaccionaria

El espacio público, poblado de piezas escultóricas que señalan las victorias, recuerdan con claridad a quién pertenece este espacio y quiénes fueron las víctimas de esos héroes que la civilización celebra.

Desde el sur: conflictos entre esculturas y espacios públicos. Andrea Giunta.

No podemos borrar la historia, escribe Andrea Giunta, pero podemos abordarla críticamente. A diferencia de quienes erigieron el imaginario nacional a partir del borramiento, la censura y la represión, la coyuntura actual exige una responsabilidad pública en la producción de la memoria. Cualquier acercamiento crítico debería, entonces, suscitar un desplazamiento objetivo en cada caso, es decir, una atención implicada en los factores sociales que componen sus formas, sus omisiones y sus tendencias. La potencia representativa sobre la cual se construye la memoria de toda una nación, subyugada a diatribas que responden a la violencia parcial y racial, demuestra que el conflicto no se reduce a la inscripción territorial y simbólica del monumento.

Asumida la ultraderecha neoliberal en Argentina, los ataques a la memoria dejaron de ser episódicos para convertirse en parte orgánica de un programa de gobierno. Lo acontecido se tornó premonitorio. Durante 2025, el gobierno oficializó la reestructuración y disolución de diversos institutos históricos de la cultura. Los decretos 345/2025 y 346/2025, publicados en el Boletín Oficial, afectaron organismos históricos como el Instituto Nacional del Teatro y espacios patrimoniales como el Museo Nacional de Bellas Artes y el CCK. Para nada inofensivos, estos procesos requirieron de aquellas políticas activas de regulación de la discursividad sociopolítica. La eliminación de organismos dedicados a la preservación del patrimonio, que alcanzó a instituciones como la Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, demuestra cómo la regulación del recuerdo se alinea con intereses económicos y políticos que determinan qué se resalta, qué se omite y también que se extrae de esas omisiones para tener bajo su yugo a la población.

A más de cuarenta años del retorno democrático, reaparecen formas conocidas de administración del olvido. El estado, convertido en un agente iconoclasta y reaccionario, ya no actúa en silencio. Otra vez, el borramiento como una de sus políticas. Lógica que gestiona el pasado como un recurso estratégico, exaltando memorias funcionales al relato de turno y eliminando aquellas que incomodan el presente. El desmantelamiento simbólico convive con la demolición material, la maquinaria estatal con la justificación ideológica y el silencio cómplice, al tiempo que se oficializa el memoricidio como instrumento cultural. En ese juego, la memoria se capitaliza y se disciplina por omisión, se vandaliza por decreto y se conduce como si fuera una variable del mercado.

La memoria como mercancía

La crisis mundial en la que estamos sumergidos es, desde mi punto de vista, una crisis de los modos de semiotización del capitalismo, no sólo a nivel de las semióticas económicas, sino de todas las semióticas de control social y de modelización de la producción de subjetividad.

Micropolítica: Cartografías del deseo. Félix Guattari y Suely Rolnik.

En un presente signado por la reapropiación estratégica de ciertas heroicidades, en el que figuras como María Remedios del Valle son invocadas para construir legitimidad discursiva, se vuelve imprescindible distinguir entre reconocimiento y uso político. Actualmente, en la academia y en el arte, algunos símbolos se trazan como activos; y algunas figuras históricas se reconfiguran según la agenda global. Como bien desarrolla Suely Rolnik, este escenario permite observar que, desde el inicio, lo que está en juego es la forma en que el capitalismo captura los lenguajes, los afectos y las formas de subjetividad.

La semiótica del poder sustrae a la memoria de su dimensión reparadora, la desactiva como herramienta de justicia. La despoja de su capacidad de interpelación colectiva para convertirla en una categoría regulada y funcional al orden mercantil: gestionable, intercambiable y exportable. Bajo estrategias discursivas, visuales e institucionales, el estado neutraliza, o directamente omite, las memorias disidentes; las diluye para hacerlas circular. La emisión del billete de \$10.000 con la imagen de María Remedios del Valle, poco después de la destrucción de su monumento, no pareciera ser un gesto inocente. Si bien la agresión material no fue ejecutada por el estado, su inacción posterior y su silencio institucional funcionaron como encuadre validador. De hecho, este gesto ejemplifica la dinámica constructivista del estado y la operatoria de las fuerzas mercantiles; mientras su figura es absorbida por la economía nacional, su inscripción en el espacio público es vulnerada. ¿Se la celebra como emblema mientras se la recorta como presencia?

Algunas memorias pueden ser demolidas en el espacio público, en silencio y a oscuras, o incluso a plena luz del día; y al mismo tiempo, circular como emblemas legitimados dentro del mercado. La memoria se ha vuelto un recurso discursivo regulado, cuyo valor depende de su capacidad de circulación dentro de estructuras –económicas y culturales– de significación social. La puesta en valor de una figura históricamente marginada y al mismo tiempo su absorción en la lógica del intercambio económico, revela la lógica de las paradojas tácitas de un estado deshonesto. Pareciera que solo así, transformada en pura mercancía, una memoria disidente puede acceder a una instancia de reconocimiento.

La continuidad porosa entre los aparatos culturales y los dispositivos estatales expone la funcionalidad de ciertas plataformas culturales en la legitimación de

los proyectos políticos de exclusión. Mientras se hacía pública la noticia sobre la destrucción del monumento, se desarrollaba una de las ferias de arte contemporáneo más importantes del país. El acto súbito, cargado de violencia, no recibió ninguna reacción institucional; desde la dirección de ArteBA se optó por el silencio. Resulta revelador que la institución haya decidido silenciar su voz y conservar la máscara de neutralidad, útil al engranaje del mercado cultural. En un contexto de restauración neoliberal no hay omisión que sea inocua. Por el contrario, esto enuncia una forma de proteger intereses establecidos. Al tiempo que evita toda confrontación con una violencia que, lejos de ser excepcional, forma parte del entramado histórico de exclusión.

La destrucción silenciosa del monumento a Osvaldo Bayer, el pasado 25 de marzo de 2025 en Santa Cruz, deja ver el absurdo discursivo en las políticas expresadas por el oficialismo. Un día después del Día de la Memoria, este acto se perpetró en silencio y sin consenso público. Lejos de custodiar el pasado común, estas políticas seleccionan estratégicamente sus referentes según los intereses del presente. La fragilidad de los compromisos institucionales con la memoria exhibe, además, cómo se dismantela el capital cultural y cómo ciertos relatos son vaciados de densidad política para ser reconfigurados como productos intercambiables o simplemente silenciados.

Desde la destrucción violenta del monumento a María Remedios del Valle, pasando por su conversión en ícono monetario, hasta la reciente eliminación de organismos de preservación patrimonial, se puede ver la continuidad programática de uso. Lejos de reparar el olvido, se institucionaliza. Se transforma a la memoria en un objeto regulado por el mercado. Cuando una memoria deja de incomodar lo suficiente como para volverse comercializable, o susceptible de ser estetizada, se la inscribe en un régimen epistémico global que, bajo la apariencia de reconocimiento, reproduce lógicas coloniales de validación.

Solo ciertos relatos se consideran aptos para su circulación. No resulta menor el desplazamiento semántico entre categorías como “Tercer Mundo”, luego “América Latina” y, más recientemente, el eufemismo “Sur Global”, aún menos neutral. Esta transición no responde meramente a una estrategia discursiva; resulta ser una necesidad estructural del centro global, es decir, de aquellos actores históricos del despojo colonial, de proyectar sentido hacia una periferia que aún conserva lo que ellos han vaciado; desde bienes ambientales y minerales hasta la capacidad de imaginación política. En clave geopolítica, el mercado cultural y académico produce categorías tanto para nombrar la diferencia, sin confrontar su historia de genocidio, como para reinscribir, de forma cada vez más sofisticada, las lógicas coloniales de reapropiación.

El colonialismo no es un hecho histórico, es un proyecto en curso. Un sistema que se reactualiza en clave institucional, estética y económica, buscando absorber aquello que aún resiste a su lógica de captura. El Sur Global se vuelve

una marca. Una categoría que permite hablar de desigualdad sin nombrar el colonialismo; lavar el genocidio y celebrar la diversidad sin alterar las estructuras que la subordinan.

El lirismo de la verdad

¿Cómo un grupo puede manifestar su propio deseo, ponerlo en conexión con los deseos de otros grupos y con los deseos de las masas, producir los enunciados creadores correspondientes y constituir las condiciones, no de su unificación, sino de una multiplicación propicia para enunciados de ruptura?

Tres problemas de grupo. Gilles Deleuze.

Si el inconsciente es el orden de la subjetividad de grupo, como afirma Gilles Deleuze, entonces la memoria no es un depósito de datos, ni una narrativa fija, es un campo de fuerzas. Un artefacto explosivo que, al insertarse en las cadenas causales del poder, las obliga a abrirse. Lo real no está detrás del recuerdo, emerge en la ruptura. Si el *memoricidio*, como técnica moderna para regular el recuerdo, incide sobre “la verdad”, que lejos de ser una promesa universal es más bien una frontera, entonces, ¿quién puede decir qué es verdad sin ejercer violencia sobre los cuerpos que esa misma verdad omite?

La verdad ha sido históricamente una herramienta de captura para las agencias institucionales, una forma de clausurar el sentido y supervisar el pasado como recurso. Este trabajo pone de relieve cómo el estado, el mercado y las instituciones culturales operan en tanto dispositivos de aprehensión y dan forma a un régimen colonial de visibilidad. Uno donde lo narrable ya no depende de su potencia histórica, sino de su utilidad connotativa.

De lo retórico a lo simbólico, las técnicas camaleónicas de dominación colonial adquieren diferentes formas de funcionamiento. Comprender que en el centro de esta lógica, aún activa, persiste una ecuación brutal de vaciamiento extractivista exige preguntarse cuándo los cuerpos no blancos se convierten en blancos de odio. Cuándo la diferencia se convierte en contenido exhibible y la periferia en la escena de una inclusión regulada. Mientras la violencia estructural, sobre cuerpos racializados y disidentes, funciona como un núcleo operativo, la construcción de lo recordable no es inocente; está mediada por intereses, maniatada por silencios y constituida por formas de domesticación. La trampa está en ese pliegue, donde el reconocimiento encubre la captura.

En palabras de Deleuze, “La verdad no es la teoría ni la organización. No es tampoco la estructura ni el significante, sino más bien la máquina de guerra y su sin sentido” (Deleuze, 1994, p. 17). Una memoria no orientada a la unificación

supone una multiplicación de enunciados colectivos de ruptura; una que no se integre a los repertorios significantes del estado o del mercado, sino que se articule desde el deseo, desde la incomodidad, desde lo que aún no tiene lugar. Solo desde el uso crítico de la historia como ficción puede imaginarse una política del recuerdo no jerárquica, plural y en libertad. Una memoria que no se organice como registro pero sí como fractura; que no se cierre en la representación, más bien que se multiplique en enunciados nuevos, sostenidos por grupos que busquen intensificarse. Y si los cuerpos no blancos se han vuelto blancos, objetivos de una violencia programada, entonces la memoria debe ser también una forma de defensa. No como escudo, como detonante. Un artefacto que, al insertarse en el relato, lo haga estallar.

Si aceptamos que la verdad no es estructura ni signifiante, sino que es –como sostiene Deleuze– máquina de guerra sin sentido fijo, entonces la memoria no puede reducirse a su mera administración representacional. La verdad, en su dimensión constitutiva, puede ser una ficción. Una narración que, lejos de ocultar, revele y desarme certezas. Un dispositivo molar y disidente de ejercicio colectivo. Por ello es que, en su potencia imaginativa, el arte, como la filosofía, debe disputar permanentemente las configuraciones establecidas del pasado; interrumpir su clausura. El caso de la destrucción del monumento a María Remedios del Valle deja de ser particular y se consolida como la expresión de una política de memoria que persiste en la Argentina contemporánea.

En tanto instancia de despliegue simbólico, la representación lírica de la verdad no es lo falso, es lo que aún no tiene lugar; lo no dicho, lo excluido de las plataformas legítimas de memoria. Atacar un símbolo que visibilizaba la contribución afroargentina y que, en simultáneo, pone en discusión las ficciones nacionalistas de los procesos de independencia, no es menor. Reinstala el relato blanqueado que niega la continuidad histórica de las luchas invisibilizadas. Sin unificaciones binarias, la memoria debe pensarse como una manifestación lírica de las multiplicaciones de verdad. La posibilidad de construir una memoria justa y heterogénea debe encarnarse en una lucha activa, frente a frente, contra el olvido como estrategia vigente de poder.

Esquiva de toda subyugación conmemorativa, la memoria debe abrir fisuras en los regímenes que la controlan. Es necesario comprenderla como un campo de disputa material e ideológica, donde lo recordable no sea producto de relaciones de poder y jerarquías institucionalizadas. La verdad no puede concebirse como una propiedad de las instituciones, ni de las estructuras que las sostienen; no reside en la gestión del repertorio cultural ni en el monopolio de sus intérpretes. La verdad, en tanto vector político, pertenece a los pueblos, a las multitudes que la disputan, no desde la abstracción teórica, sino desde la urgencia encarnada de quienes han sido históricamente excluidos de su enunciación.

Solo el fervor de las masas, en su multiplicidad insurgente, puede disputar esa verdad. No como propiedad, como práctica. Mientras haya cuerpos no blancos como blancos de odio, la memoria no será recuerdo ni archivo, será disputa. Toda verdad emancipadora es necesariamente colectiva.

Referencias bibliográficas

- CIVALLERO, E. (2007). Cuando la memoria se convierte en cenizas: Memoricidio durante el siglo XX. *Revista de Bibliotecología y Ciencias de la Información*, 10(15).
- DELEUZE, G. (1972/76). Prefacio: Tres problemas de grupo. En F. Guattari, *Psicoanálisis y transversalidad: Crítica psicoanalítica de las instituciones* (pp. 9-22; F. H. Azcurra, Trad.). Siglo XXI Editores.
- FANON, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas* (S. Kahane, Trad.). Edhasa (Obra original publicada en 1952).
- GAMBONI, D. (1997). *La destrucción del arte: iconoclastia y vandalismo desde la Revolución Francesa*. Editorial Gustavo Gili.
- GIUNTA, A. (2020). Desde el sur: Conflictos entre esculturas y espacios públicos. En *Contra el canon: El arte contemporáneo en un mundo sin centro*. Siglo XXI Editores.
- GUATTARI, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica: Cartografías del deseo*. Traficantes de Sueños.
- MAICOÑO, S. (2023). *El sueño del sonido*. Reunión. <https://reunionreunion.com/El-Sueno-del-Sonido>
- RODRÍGUEZ, F. A. (2013). *Desierto para una nación: La escritura del vacío*. Eterna Cadencia.
- SCHWARZBÖCK, S. (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*. Editorial Las cuarenta.
- SIMMEL, G. (1934). *Las ruinas, cultura femenina y otros ensayos* (6.ª ed.). Revista de Occidente.
- VIVEIROS DE CASTRO, E. (2013). *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio. Entrevistas* (L. Tennina, Trad.). Tinta Limón Ediciones.
- WIND, E. (2016). *Arte y anarquía*. El Cuenco de Plata.